

Conferencia

**(Dada en el Averno una semana
después de mi muerte)**

LA MUDANZA DEL LENGUAJE

1. En primer lugar quisiera agradecerles la valentía que ustedes han demostrado asistiendo a esta conferencia. Escuchar a un orador es siempre un acto de fe o, si acaso, una prueba de valor. Podemos tomar un libro y leerlo y cerrarlo. Tal vez no guste, tal vez nos aburre. Lo dejamos. Ahí está la biblioteca para recoger en su seno lo que de ella salió. Sin embargo, la conferencia es una forma de género literario que podría encuadrarse en la tiranía literaria. Yo hablo, ustedes escuchan. Quizás algunos oyen; otros, desengañados de haber perdido su tiempo, hacen que oyen. Quién mira el reloj a hurtadillas, quién piensa en lo que va a hacer cuando el inoportuno charlista termine su perorata. A veces se escucha un crujir de las sillas, una tosecilla recurrente, un

carraspeo nervioso. Y entonces el orador se dice a sí mismo: “voy por mal camino. La conferencia está a punto de irse a pique”. Pero el conferenciante debe como el torero mantener el tipo. No puede recoger sus folios, levantarse de su silla, pedir disculpas y salir abochornado por la puerta de atrás.

Los retóricos antiguos hubiesen llamado “exordio” a lo que ustedes acaban de escuchar. Ahora bien, para que este exordio sea completo es preciso, es absolutamente indispensable, que yo les diga sobre qué materia voy a hablarles. Ciertamente el título ya les habrá dado un atisbo del tema: “La mudanza del lenguaje”.

2. Es un hecho que la lengua cambia. Unos versos del poeta Garcilaso de la Vega nos dicen:

“Todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre”.

El lenguaje, como todas las cosas en esta vida, se halla en constante movimiento, en continua renovación. Si alguien pone en duda esta afirmación le bastará con escuchar la conversación de un hijo con sus amigos. Así podemos escuchar cosas como éstas:

- Aquel *youtuber* tiene muchos seguidores
- Es una de las *influencer* más importantes
- Te he visto en *instagram*.
- Me insultó en su *twitter*.
- Tengo un compañero que es muy *friki*.
- Tiene una novia que es una choni, una poligonera.

Y naturalmente, por supuesto, los inevitables “whats'up”.

Claro que nosotros también podemos contraatacar a ese aluvión de neologismos diciendo que hemos comprado unas “matildes”, o bien hemos pasado el verano “de Rodríguez”, o que mi hermano pequeño hacía “de carabina” y mi madre llevaba el peinado “Arriba España”. Hoy no son muchos los que recuerdan que las acciones de Telefónica eran las “Matildes”, que un marido que se quedaba en casa mientras la mujer y los hijos veranean era un “Rodríguez”, que los hermanos menores acompañaban a sus hermanas mayores, colgados a la espalda como carabinas, para que la chica no hiciera con su novio lo que las chicas decentes no deben hacer con su novio. Y ahora les invito a ustedes mismos a rebuscar en su memoria tantas y tantas palabras que se han quedado descolgadas en el camino de la historia y de las cuales

ustedes son quizás los últimos de Filipinas. ¿Cuántos conocen hoy que el nombre de este país procede del rey Felipe II? En el siglo del llamado “rey prudente” todo el mundo, incluidos arrieros y ganapanes. Sí, el lenguaje, como hemos dicho antes, cambia de rostro. Aquellos que entiendan eso de, con perdón del verbo, “la cagaste, Burt Lancaster” ya peinan canas o no se peinan casi nada en sus cabezas. Hoy las actrices y los actores (por favor, señoras y señores, en ese orden) ya no son los mismos de “Lo que el viento se llevó”. Pero las palabras no vuelan empujadas por el viento que se las lleva, ni mucho menos por los huracanes, sino por el suave céfiro, para usar una de esas palabras que requieren ser consultadas en el diccionario por aquellos que consideran arcaísmos las voces de nuestro legado cultural. Unas entran, otras salen. El problema se presenta en la velocidad con que lo hacen. El léxico, cuando no marcha al paso sino al galope, produce vértigo. El vocabulario no tiene entonces tiempo para asimilar la cuantía de voces foráneas. El sumidero no traga con la suficiente rapidez. Y es en ese momento cuando se origina como reacción patriótica una firme resistencia encabezada por los escritores castizos. ¿Es bueno importar palabras? ¿Es dañino, pernicioso? Todo depende, según, cuándo y cómo. Los griegos de tiempos de Pericles, no los actuales periclitados, tenían una sabia máxima:

“de nada en exceso”. Las corrientes fluviales son beneficiosas mientras no desborden los cauces, inunden los campos y maten al ganado. Hoy usamos muchísimas palabras cuyo origen extranjero no podemos reconocer. En lugar de aquello “de la Habana ha venido un barco cargado de...”, se podría decir que de las Galias, aquellas que conquistó Julio César (la retórica llama a esta figura “perífrasis”) nos han llegado palabras como: “cofre”, “colonia”, “coqueta”, “filete”, “masacre”, “menú”, “garaje”, “peluche”, “sabotaje”. Y otras más. En el siglo XVIII estaban en boca de los petimetres, lechuguinos, currutacos, todos aquellos que imitaban servilmente la cultura francesa. ¿Quién verá hoy estos galicismos como inmigrantes en el idioma patrio? Estos vocablos han tomado carta de naturaleza. O sea, se han adaptado a nuestros sonidos. Siempre las palabras han cruzado las fronteras lingüísticas, las aduanas verbales. Pensemos en el baile del “chotis”. ¿Hay algo más castizo que el chulapo y la chulapa bailando juntos, muy agarrados, sin salir de una baldosa, en la verbena de la paloma? Pues bien, la palabra “chotis” viene de un baile que los escoceses hicieron popular en Viena. En alemán “escocés” se dice “schottish”. O sea que “chotis” significa “escocés”. Siento desilusionar a los “gatos”, como se llama a los madrileños que no vienen de otras provincias y que, como todo el mundo sabe, son

cuatro gatos.

A veces algunas palabras salen de la casa solariega para volver luego a su tierra sin que nadie se aperciba de que pertenecen a la familia. Solamente los filólogos, como el perro de Ulises que reconoce a su amo tras el regreso, pueden señalar su parentesco. ¿Quién no conoce lo que es el “pádel”, ese juego que hizo popular cierto presidente? ¿Y qué es el “padel”? Pues lo que en latín es “patella”, la sartén con el mango. Y de esa “patella” nos viene “pádel” y... paella.

Estamos viendo que el lenguaje no es una fotografía, una imagen estática, sino una película rodada, palabras en el tiempo. O dicho de una forma técnica: es diacronía y no sincronía.

3. Todos estos cambios en la lengua se debían, como acabamos de ver, a las nuevas tecnologías, a nuevos usos y costumbres sociales, a préstamos internacionales que, si no se devuelven como el dinero, colonizan las mentes cuando no las enriquecen añadiendo ideas o matices nuevos. Ahora bien, estas modificaciones solamente afectan a la sobrefaz del idioma. Son el oleaje, no el fondo del mar. El cuerpo de una lengua puede soportar estas transformaciones, las costuras del traje no se desgarran. A estos cambios que se limitan únicamente al

vocabulario se les llama la historia externa del lenguaje. Más importancia tiene la historia interna del lenguaje, la estructura del mecanismo gramatical. Aviso que aquí entramos en un terreno algo más abrupto – no demasiado, no se asusten -. Para el profano el lenguaje son las palabras. Éstas se oyen y son dichas. El filólogo, como profesional de la lengua, entra en la trastienda, allí donde viene escrita la advertencia: “sólo el personal autorizado”. Pues bien, bastará que echemos un vistazo al horno, al taller, a esa sala de máquinas que nos permite decir cosas como “deme un café”, “eres un imbécil” o “mañana me voy a Alicante”.

Como sabemos, el castellano, como las otras lenguas romances, procede de la disgregación del latín vulgar. Después de las invasiones germánicas cada territorio quedó aislado, encerrado en sí mismo, las comunicaciones se hicieron más difíciles. La unidad de la lengua latina se rompió junto con la desaparición del imperio romano. Un fenómeno semejante hubiese tenido lugar tras la emancipación de las colonias americanas si no fuese porque el contacto entre ellas, los viajes frecuentes, el intercambio de libros y la acción unificadora de las academias ha evitado una lamentable ruptura lingüística entre ambas orillas del océano Atlántico.

Sin embargo, este proceso de evolución del latín – o

degradación, si queremos - para llegar al español, y las demás lenguas, había comenzado ya algunos siglos antes. Decía san Agustín estas palabras: “prefiero ser reprendido por los gramáticos a que no me entienda el pueblo”. ¿No es esta la misma idea que expresa Gonzalo de Berceo cuando quiere hablar en “roman paladino”, la lengua con la que el pueblo habla a su vecino?

En el latín vulgar, aquel hablado por soldados, comerciantes y las clases bajas, existían ya en germen elementos populares refrenados por la escuela, la cultura, los autores clásicos, la administración. Sería, para poner un ejemplo, la coexistencia de los “jugao”, “cantao”, “salao” frente a “jugado”, “cantado”, “salado”. Una vez liberado del corsé, el latín vulgar propagó el uso de preposiciones ya existentes que, a la postre, terminarían sustituyendo a los casos latinos. En esa evolución – o degradación – todo el sistema gramatical se ve alterado. Pensemos en el futuro castellano “cantaré”. Su origen procede de la adición final del verbo auxiliar “haber” al infinitivo: “cantar-é”, “cantar he”, o sea, “he de cantar”.

La transformación del latín en las lenguas romances fue la causa de que el pueblo no entendiese ya la vieja lengua, hablada hace siglos y desconocida en el presente. Permítanme aquí contar

una anécdota personal. Siendo muy niña mi sobrina, al preguntarle dónde estaba, ella respondía: “Estoy aquí *conmí*”. Evidentemente cada cual está “consigo”. Sin embargo, diciendo ella “conmí”, en su ignorancia, estaba más acertada que nosotros diciendo “conmigo”. Vamos a aclararlo:

En latín “vobiscum” significa “con vosotros” y “mecum” tiene el sentido de “conmigo”. Pero la evolución de la lengua, a través de leyes fonéticas que no vienen al caso, sonorizó el fonema /k/, abrió la vocal cerrada y perdió la consonante final. El resultado fue “mego”, Ahora bien, en “mego” está ausente la idea de “cum” en “mecum”. ¿Y qué hizo el pueblo ignorante del latín? Pues añadió de nuevo “con” al inicio. De manera que en realidad decimos “conmicon”, “con-mi-con”. Absurdo, ¿no?

Pongamos como muestra de la camisa un botón más. Muchas personas conocen la palabra “altozano”. El sentido es un llano en una pequeña elevación. Pero este vocablo es la deformación de “antozano”, que viene de “ante” y “ostium” (puerta). Como el atrio de muchas iglesias suele estar en alto, ese “ante la puerta” de la iglesia se convirtió en “altozano” confundiendo “ante” con “alto”.

En suma, el lenguaje, como los niños inquietos, está siempre moviéndose. A veces es hiperactivo, otras es tardígrado.

En las ciudades, abiertas a todas las novedades, la lengua cambia más velozmente. En los rincones aislados de la montaña, en pueblos con difícil comunicación, las palabras antiguas se conservan como sonidos congelados en el tiempo. Esas aldeas perdidas son el Dorado de los arqueólogos del idioma.

4. Concluyamos (al escuchar este verbo muchos oyentes suelen exhalar un suspiro de alivio, algunos incluso esbozan una tímida sonrisa). Queda menos. Paciencia.

Pues bien, vamos a imaginar que ustedes viesan una sucesión de fotografías tuyas desde el parto hasta el momento actual. ¿No sería magnífica tal retrospectiva? La lengua, que metafóricamente puede ser también vista como un organismo, también posee una serie continua de fotografías.

a) Comencemos por lo que Dámaso Alonso llama el primer vagido de nuestra lengua. Estamos en San Millán de la Cogolla, pequeño pueblo de la Rioja. Allí, en un monasterio, a fines del siglo X o bien comienzos del siglo XI, unos monjes copian a mano - ¿en qué si no?- un códice latino. Como algunas palabras del texto les son desconocidas anotan al margen o entrelineas la palabra correspondiente en romance castellano primitivo. Algunas de estas glosas, llamadas emilianenses por el nombre del monasterio,

son las siguientes: “mondamientre”, “lueco”, “nafregatos”, “aplecare”, etc. Como puede verse las glosas aclaran en castellano antiguo el texto latino y nosotros precisamos unas glosas a las glosas para comprenderlas en el castellano actual.

b) A comienzos del siglo XIII un cantar de gesta, el poema del mío Cid, cuenta las hazañas del caballero burgalés don Rodrigo Díaz de Vivar. El castellano, nuestra lengua, ha crecido algo, pero no lo bastante para que podamos reconocerla perfectamente. Escuchemos la primera estrofa, la que narra la partida del héroe al destierro:

“De los sos oios tan fuertementre llorando
tornaba la cabeça e estávalos catando;
vio puertas abiertas e uços sin cañados
alcándaras vazías sin pielles e sin mantos
e sin falcones e sin adtores mudados.
Sospiró Mío Cid ca mucho avié grandes
cuidados,
fabló Mío Cid bien e tan mesurado:
¡Grado a ti, Señor, Padre que estás en lo alto!
Esto me han buuelto míos enemigos malos.

Sin duda hay bastantes palabras cuyo significado no conocemos. El filólogo está allí para convertirse también en un glosador. Pulir los vocablos para que éstos puedan ser distinguidos. Sin embargo, creo que la mayoría de lectores actuales pueden captar al menos una visión general del texto. Tomemos algunas palabras: el Cid esta “catando” a su mujer e hijas. Hoy “catar” - “cata” de vinos – tiene el sentido de “probar” (lo verás pero no lo catarás). Ahora bien, “catar” procede de “captar”, “capturar”. Paulatinamente el verbo fue especializándose en el sentido de “captar” la atención, luego “mirar”. El Cid está “catando” o “mirando” a doña Ximena y a sus dos hijas. Otro caso: veamos ahora el ejemplo de la palabra “uços”. Ésta ya nos ha aparecido antes aunque seguramente ustedes no se hayan dado cuenta. Habíamos dicho que el segundo elemento de la palabra “altozano” era “ustium”, puertas; “uço” es la puerta, de donde nos viene también la palabra “ujier”, quien guarda la puerta.

c) Saltemos ahora al final del siglo XV para leer un texto del edicto de Granada y por el cual los reyes católicos, don Fernando y doña Isabel, expulsan a los judíos de España. Estamos en el año 1492, siete meses antes del descubrimiento de América. El

documento, recortado, dice:

“ (...) mandamos a todos los judíos é judías de qualquier hedad que sean (...) salgan de todos los dichos nuestros Reynos é Señoríos con sus fijos é fijas é criados é criadas é familiares judíos, así grandes commo pequeños (...) E por que los dichos judíos é judías puedan durante el dicho tiempo fasta en fin del dicho mes de Jullio mejor disponer de sí é de sus bienes é hacienda (...) e los aseguramos a ellos e a sus bienes para que durante el dicho tiempo (...) puedan andar e estar seguros”.

Fijémonos en las palabras del documento: “Judíos e judías”, “fijos e fijas”, “criados e criadas”. ¿No les suena acaso esto de algo? El adanismo suele descubrir el mediterráneo, creer que antes del hombre moderno no existía sino el desierto. Hombres educados a fines de la edad media, en aquella supuesta época de oscurantismo y de sumisión de la mujer, ahora vemos que ya usaban el llamado actualmente lenguaje “inclusivo”. Pero aquí no hay detrás del lenguaje una pose ideológica, un arma verbal “políticamente correcta”, ese martilleo monótono del “trabajadores y trabajadoras”. Sencillamente la precisión propia de un

documento jurídico de carácter oficial. Por otro lado, sería imposible mantener continuamente un criterio “igualitario”. Cuando se dice “los aseguramos a ellos”, ¿no debería decirse “los y las aseguramos a ellos y a ellas”? Sería retorcer demasiado una lengua forjada durante un milenio para forzarla con violencia a golpe de leyes en unos años. El lingüista sabe que el lenguaje no cambia la realidad por decreto sino que es la realidad misma la que hace cambiar el lenguaje. Si ya no llamamos “verdulera” a una mujer mal hablada es porque en nuestro tiempo las mujeres que ejercen dicho oficio digno hablan a veces mejor que algún edil de postín.

Quedaría incompleto este discurso, charla, conferencia (o como quieran ustedes llamar a estas dos mil seiscientos setenta y tres palabras que, según el cómputo de mi ordenador, llevo dichas) si no echásemos un vistazo a la otra orilla del océano, la descubierta por Colón siete meses después del edicto de Granada. Pues bien, trasladémonos con la mente a la ciudad de Buenos Aires. Dos jóvenes estudiantes están conversando:

“-Che, ¿sabes que me bochó en franchute el cusifai? (o sea, me suspendió en francés el tipo

ese)

- ¿Y no le tiraste la bronca?

- Pa qué, me hice el otario... En cambio me pelé un diez macanudo.

- ¿En qué?”

¿Quieren saber ustedes en qué recibió un diez el joven al que el cusifai bochó en franchute? Pues, ¡pásmense! en “casteyano”.

Y ya acabo volviendo a reiterar mi invitación inicial para sumergirse en su memoria y rescatar aquellas viejas palabras que pertenecen a su generación. Vale la pena buscar en el fondo del mar tales perlas hermosas. Guárdenlas como un tesoro así como nuestros hijos conservarán las suyas para vuestros nietos. Amén.

Muchas gracias.

Pablo Galindo Arlés

14 de octubre de 2019

